

" E L B O R D A D O I N C O N C L U S O "

De:
Daniel de la Vega.

P E R S O N A J E S :

Lucía	Ester (criada)
Samuel	Juan
Doña Berta	Un Criado
Alicia	

Acto único

|||||

|||||

LA ESCENA REPRESENTA UNA SALITA INTIMA DE CASA PROVINCIANA. AL FONDO UNA VENTANA QUE DA A UN JARDIN. UNA PUERTA A LA IZQUIERDA QUE COMUNICA CON EL INTERIOR DE LA CASA, Y OTRA A LA DERECHA QUE DA A LA CALLE. EN UNA DE LAS PAREDES HABRA UN ESPEJO. EN EL CENTRO DE LA SALA UNA MESA CON ALGUNOS LIBROS Y UTILES DE COSTURA.

PROLOGO

La monótona vida provinciana
ruedaolorosa, tímida, incoente,
llora un cantar, resonga una campana
y las tardes se apagan mansamente.

Las muchachas detrás de los balcones
contemplan florecer las primaveras,
y entretienen sus locos corazones
con quimeras, quimeras, y quimeras...

¿No viene el novio? Y tienden la mirada
sobre las soledades de la vía...
¿Viene el novio? -preguntan- ¿viene?... ¡nada!
Y suspiran- ¡No viene todavía!...

Todo es monótono en el pueblo. Todo
duerme una siesta blanda y conventual,
todo sigue rodando de igual modo,
igual la angustia y el paisaje igual...

Algunas vez penetra en una casa
el amor loco, lírico y triunfal;
deja en el aire ensueños... pero pasa...
Y el pueblo sigue exactamente igual...

¿Pasó el amor?- pregunta la campana;
Un curioso pregunta: ¿Quién lo vió?...
¿Pasó el amor? Y la quietud poblana
Ninguno sabe si el amor pasó...

Pero el poeta que escribió este cuento dice que cuando empieza a atardecer los corazones saben que en el viento hay humedad de llanto de mujer...

Sobre este asunto rueda la historieta tejida con vellones de emoción la escuchareís de labios del poeta como de corazón a corazón.

ESTER.- (PONIENDO EN ORDEN LOS LIBROS DE LA MESA)
¿Y qué edad tenían entonces?

LUCIA.- (SENTADA JUNTO A LA MESA, BORDANDO UNA ROSA) Samuel, doce; yo, diez. Me acuerdo perfectamente de los trajes que usaba, de las blusas marineras, los cuellos azules y las gorras con letras doradas...

ESTER.- ¿Vivían cerca?

LUCIA.- Nuestras casas estaban casi juntas. Eran dos propiedades que adquirió mi tío un año antes de morir. Caserones viejos con grandes patios con palmeras.

ESTER.- De esas casas me ha hablado la señora.

LUCIA.- Mamá les tenía mucho cariño. Samuel vivió en ellas hasta que cumplió catorce años. ¿Lo conciste tú entonces?

ESTER.- No.

LUCIA.- Era un chiquillo muy simpático, muy loco, y sobre todo perezoso. No estudiaba, no quería estudiar. A veces yo le aconsejaba: Estudia, Samuel, pronto tendrás que ganarte la vida con tu trabajo, y si no estudias...

ESTER.- ¿Y le hacía caso?

LUCIA.- ¿Si me hacía caso? ¿a qué te refieres tú?

ESTER.- A que si le obedecía.

LUCIA.- ¡Ah!... no... me hablaba de las partidas de futbol, de los estrenos teatrales, y de muchísimas tonterías que le llenaban la cabeza de humo... ¡y tan enamorado!

ESTER.- ¿Enamorado?

LUCIA.- Si tú hubieras visto que ojazos nos ponía al hablar ¡paliquero como ninguno!

ESTER.- Y yo qué lo creía tan serio.

LUCIA.- ¿Serio? A los quince años tuvo un amorío célebre con la domadora de un circo inglés. ¡Si tú lo hubieras conocido!

ESTER.- ¿Y escribía ya?

LUCIA.- Es claro. Me acuerdo de un madrigal que empezaba:

Deja besarte en los ojos
para sentirte dormida...

ESTER.- Versos que serían para Ud., naturalmente.

LUCIA.- (SONRIENDO) Cállate, tonta.

ESTER.- ¿Soy indiscreta?

LUCIA.- No... indiscreta no...

ESTER.- Entonces, permítame ser curiosa.

LUCIA.- ¿Qué quieres saber?

ESTER.- Si eran para usted esos versos.

LUCIA.- ¡Vaya!... Te lo diré... creo que sí...

ESTER.- (MALICIOSA.) Cree?

LUCIA.- Es claro. ¿Va una a estar segura de eso?

ESTER.- ¿Por qué no?

LUCIA.- Tú no conoces a los hombres...

ESTER.- Pero Ud. podría saberlo.

LUCIA.- ¿Cómo?

ESTER.- Sí le concedió lo que pedía...

LUCIA.- ¿Lo que me pedía?

ESTER.- Sí. Besarla en los ojos...

LUCIA.- ¡Vaya! Nunca... ¡Piden tanto los hombres!

ESTER.- ¿Y don Samuel pidió mucho?

LUCIA.- Mucho, pero todo imposible.

ESTER.- ¿Imposible?

LUCIA.- Todo.

ESTER.- ¿Ud. recuerda los versos?

LUCIA.- Algunos...

ESTER.- Todos no.

LUCIA.- No...

ESTER.- ¡Qué olvidadiza!

Si no sé si los recuerdo.

ESTER.- Pruébalo.

LUCIA.- ¡Qué exigente eres!

ESTER.- Pero, señorita, cómo no los va a recordar...

LUCIA.- Espérate... algo... empezaba así...

Deja besarte en los ojos
para soñarte dormida.
deja beber en tus labios
todas mis risas perdidas...

ESCENA SEGUNDA.- DICHOS Y ALICIA.

ALICIA.- Versos del primo, ¿eh?

LUCIA.- (SORPRENDIDA) ¡ah! ¿Eras tú?

ALICIA.- No te asustes, hermanita, a tu edad es perdonable eso y mucho más...

LUCIA.- ¿Por qué lo dices?

ALICIA.- Por nada.

LUCIA.- Creí que te molestaba que recordara versos de Samuel.

ALICIA.- ¿Molestarme? Pero sí yo también lo hago, y creo que tú no te pondrás celosa.

LUCIA.- (BRUSCAMENTE) ¿Celosa?

ALICIA.- No te ofendas.

LUCIA.- No me ofendo, pero creo que tus palabras...

ALICIA.- No seas loca, yo te explicaré. (DIRIGIENDO SE A ESTER) Sal, tú. (SALIE ESTER)

LUCIA.- ¿Es tan serio lo que tienes que decirme?

..LICIA.- Serio, no, pero me gusta poco las criadas para confidentes.

LUCIA.- Es un reproche?

..LICIA.- Déjate de sensiblerías. Te gusta Samuel, ¿verdad?

LUCIA.- Demasiado audaz la pregunta.

..LICIA.- Contéstame, ¿te gusta Samuel?

LUCIA.- ¿Gustarme?... te diré francamente... algo... sí... ¿y por qué lo preguntas?

..LICIA.- Después lo sabrás.

LUCIA.- ¡Difícil me parece!

..LICIA.- Dime, ¿y no le has olvidado en estos dos años que no le has visto?

LUCIA.- Pero ¿a qué vienen estas preguntas?

..LICIA.- Contéstame. ¿No le has olvidado en...

LUCIA.- No.

..LICIA.- ¡Qué rara eres!

LUCIA.- ¿Por qué? No te has fijado que la distancia hace más codiciable las cosas y las personas.

..LICIA.- ¡Puede ser!

LUCIA.- Lo es.

ESCENA TERCERA.- DICHOS Y DONA BERTA.

DOÑA BERTA.- ¿Siempre discutiendo?

..LICIA.- (COGIENDO UN LIBRO DE LA MESA.) No, mamá,

leíamos versos del primo.

DOÑA BERTA.- Perdiendo el tiempo... de esta manera se comprende que Lucía no concluya su trabajo.

LUCIA.- Pero, mamá, si es tan difícil.

DOÑA BERTA.- Qué va a ser difícil. Cuando yo bordaba terminaba tres paños a la semana.

ALICIA.- Bueno. Concluyan la polémica, que voy a leer.

DOÑA BERTA.- ¿Versos?

ALICIA.- Sí.

LUCIA.- Lee esos de la vida gitana.

ALICIA.- ¿Cuáles?

LUCIA.- Los de las golondrinas.

ALICIA.- ¡ah! ya. (BUSCANDO LAS PAGINAS) Diecinueve, veinte y dos, treinta y cinco... aquí está (LEYENDO) Errancia gitana:

Golondrinas viajeras
formamos nuestros goces
con luces de quimeras
y temblores de adioses.

En esta edad traviesa
nuestras almas se abrazan
en la vaga tristeza
de las cosas que pasan...

Y mueren los amores,
y del pasado cálido
no restará más que
un puñado de flores
y un recuerdo muy pálido
de la que ya se fué...

LUCIA.- Esos versos retratan a Samuel.

DOÑA BERTA.- Saben Uds. dónde los escribió.

LUCIA.- ¿Dónde?

DOÑA BERTA.- En Méjico.

ALICIA.- ¿En Méjico?

DOÑA BERTA.- Es claro; cuando tuvo la donosa ocurrencia de echarse a vagar con esos titiriteros enamorados de la luna.

ALICIA.- ¡Ah; si... locuras de la edad.

DOÑA BERTA.- ¿De la edad? Si tiene veinticinco cumplidos, y todavía nadie le saca de la cabeza los viajes y la bohemia. Anda a ver, Alicia, si regaron las plantas del corredor.

ALICIA.- Sí, mamá, están regadas.

DOÑA BERTA.- Anda a ver.

ALICIA.- ¡Pero si las regué yo!

LUCIA.- Mamá, que son las cuatro.

DOÑA BERTA.- Tú sabes que Samuel dice que los artistas y los aristócratas deben llegar atrasados a todas partes.

ALICIA.- Eso sí el tren le oyera.

DOÑA BERTA.- Tu primo es poeta, y los poetas son capaces de empalicar a un ferrocarril.

ALICIA.- Hablas mal de los poetas, mamá.

LUCIA.- Si no fuera por ellos...

DOÑA BERTA.- ¿Qué sucedería?

LUCIA.- Nada.

DOÑA BERTA.- ¿Entonces?

LUCIA.- Si no fuera por ellos que llenan de versos nuestras vidas reclusas, las tardes, parecerían más largas y tristes.

LUCIA.- Romántica estás, hermana.

LUCIA.- Puede ser, Alicia; romanticismos míos que son tuyos también.

LUCIA.- ¿Míos?

LUCIA.- Tuyos también. Yo sé que en las tardes más nubladas y frías, cuando te encuentras sola, rompes a cantar... ¿por qué cantas?

LUCIA.- Canto... porque sí...

DOÑA BERTA.- Esa es la razón de los niños... porque sí...

LUCIA.- Y la de los poetas, mamá. Porque la poesía es una cosa inexplicable, que nos habla al oído tan quedo, tan quedo, que una no sabe lo que dice, pero lo adivina...

DOÑA BERTA.- Te diré que la poesía me molesta desde que Samuel se ha empeñado en vivir vagando.

LUCIA.- Pero mamá, ¿qué culpa tiene él?

DOÑA BERTA.- ¿La tenemos nosotras?

LUCIA.- Nosotras no, Samuel ha nacido con el corazón viejero, y naturalmente no puede vivir en este rincón provinciano mirando como se van los trenes y las golondrinas.

ESCENA CUARTA.- DICHOS Y ESTER.

ESTER.- (ENTRANDO APRESURADA) ¡Señora! ¡El coche! Debe ser el señorito Samuel; (TODAS SE PONEN DE PIE)

DOM. BERTA.- ¿Ya? ¿Dónde? (SILE)

LUCIA.- Si es hora... las cuatro.

ALICIA.- No sentimos el tren. (SILE ARREGLÁNDOSE EL PEINADO)

LUCIA.- (ANSIOSAMENTE A ESTER) ¿Lo viste tú?

ESTER.- No, pero supongo que será él.

LUCIA.- (ARREGLÁNDOSE EL PEINADO FRENTE AL ESPEJO) ¡sómate... ¿es él?

ESTER.- (ASOMÁNDOSE A LA PUERTA) Todavía no se ve. ¡Pero señorita, Ud. está muy nerviosa!

LUCIA.- (RIENDO) No tonta, nerviosa no... ¿Dónde está mamá?

ESTER.- En la puerta.

LUCIA.- ¿Viene?

ESTER.- No se vé aún.

LUCIA.- ¿Y Alicia?

ESTER.- Ahí está, pero...

LUCIA.- ¿Qué?

ESTER.- ¡El señorito Samuel! ¡Sí, es él!

LUCIA.- (MIRÁNDOSE EL VESTIDO) ¡Y yo así!

ESTER.- ¿Y qué tiene?

LUCIA.- ¡Una facha lamentable, hija!

ESTER.- ¿Quiere cambiar traje?

LUCIA.- No, voy así. (S..LE)

ESTER.- (DIRIGIENDOSE AL PUBLICO) ¿Os lo ha dicho a vosotros? Supongo que no... Tampoco me lo ha dicho a mí... Pero está tan nerviosa y tan alegre... Estos últimos días ha pasado leyendo sus versos... Pero... no os digo... La señorita Lucía me acusaría de indiscreta... Vosotros lo sabéis ¿verdad? (S..LE CORRIENDO)

ESCENA QUINTA. - DONA BERTA, LUCIA, ALICIA Y SAMUEL

DONA BERTA.- Entra. Ventrás muy cansado.

SAMUEL.- No tía, absolutamente.

ALICIA.- Pero el viaje fué largo.

SAMUEL.- La costumbre, prima ¿te cansas tú de permanecer aquí?

LUCIA.- Algunas veces.

SAMUEL.- ¡Ah; tú... algunas veces te fastidias ¿eh?

DONA BERTA.- Pero, siéntate, niño.

SAMUEL.- (SENTANDOSE) A tu edad es natural eso; pero no es fastidio, es el poquito de impaciencia que llevan todas las muchachas en el corazón... ¿te **gustaría** viajar Lucía?

LUCIA.- ¿Viajar?... Sí...

ALICIA.- ¿Vienes a contagiarnos de tu mal?

SAMUEL.- No. Respeto esta tranquilidad provinciana, pero...

DOÑA BERTA.- En ella te fastidiarías.

SAMUEL.- Sí; no lo puedo negar, me fastidiaría.

ALICIA.- Poco favor le haces a nuestro pueblo.

SAMUEL.- No creas. El pueblecito es pintoresco, y las poblanas son bonitas...

ALICIA.- ¿Galanterías?

SAMUEL.- Nada de eso. Aquí los días de sol han de ser triunfales, pero las tardes y las noches...

DOÑA BERTA.- Yo mato las horas tejiendo...

SAMUEL.- No sé tejer, tía...

ALICIA.- Yo leo tus versos a Lucía ;muy bonitos;

SAMUEL.- ¿Galanterías?

ALICIA.- Nada de eso.

LUCIA.- Fíjate, Samuel; y yo tengo el buen humor de estar cuatro meses bordando esta misma rosa.

SAMUEL.- (MIRANDO EL BORDADO) ;Pero qué bien bordadas, prima;

LUCIA.- ¿Galanterías?

SAMUEL.- No, lo digo de verdad. ¿Y para quién es esa rosa? ;para mí?

LUCIA.- Si tú la quieres...

SAMUEL.- ¡Vaya una pregunta!

DOÑA BERTA.- ¿Y para qué la pides?

SAMUEL.- Conozco el valor de una rosa bordada por manos de mujer.

LUCIA.- No seas paliquero, primo.

SAMUEL.- No, Alicia. Mientras las mujeres trabajan, ponen sobre su labor vellones de ensueño. En cada bordado hecho por manos femeninas hay más lirismo y espiritualidad que en un madrigal.

DOÑA BERTA.- ¿Romanticismo de hoy?

SAMUEL.- No tía, muy antiguos. ¿No se han fijado Uds. que todas las costureritas que se divisan detrás de las ventanas de las grandes casas de modas, tienen ojos de ensoñadoras?

DOÑA BERTA.- ¡Niño! ¿Te has dedicado a las costureritas?

LUCIA.- ¿Con qué esas teníamos?

LUCIA.- ¡Te vendieron tus romanticismos, primo!

SAMUEL.- Pero Uds. las provincianas son muy celosas!

LUCIA.- ¿Las cosmopolitas no son así?

SAMUEL.- No digo eso, Lucía, pero me extraña esa creencia infundada de Uds.

DOÑA BERTA.- Con tu permiso, Samuel, yo sigo mi tejido. (COGIENDO LA LABOR)

SAMUEL.- Lo tiene tía. (DIRIGIÉNDOSE A LUCIA) ¿Y tú no continúas la rosa? Te lo exijo, porque me pertenece.

LUCIA.- ¿Aún es mía.

SAMUEL.- Y me contarás en que has pensado mientras trabajabas.

LUCIA.- ¡Vaya! Eso no.

SAMUEL.- ¿Por qué? ¿Tienes secretos para mí?

LUCIA.- Secretos, no, pero...

SAMUEL.- ¿Pero qué?

LUCIA.- Pero no te los quiero decir.

SAMUEL.- Y a otra persona, ¿se los dirías?

LUCIA.- Sí.

SAMUEL.- ¿Y a mí no?

LUCIA.- No.

SAMUEL.- ¿Nunca?

LUCIA.- Tal vez... algún día...

SAMUEL.- Siquiera me dejas al consuelo de saber al gún día lo que has pensado bordando esa rosa.

DON. BERTA.- Uds. están empalagosamente románticos. Voy a ver si ésta (SAMUEL y LUCIA), regó las plantas del corredor. (SALD)

ESCENA SEXTA .- LOS MISMOS, MENOS DON. BERTA.

LUCIA.- Si las regué, mamá. Ahora pueden proclamar la República del Romanticismo.

SAMUEL.- La proclamamos; y Lucía comenzará por confesarme en quién ha pensado mientras trabajaba.

LUCIA.- Te he dicho que a tí menos que a nadie.

SAMUEL.- ¡Caprichosa!

LICIA.- ¿Y por qué, entonces tú no nos cuentas tus secretos?

SAMUEL.- Si yo no tengo secretos.

LICIA.- Tus aventuras, tus viajes.

SAMUEL.- Los contaré cuando me formalice.

LICIA.- ¿Y cuando será eso?

SAMUEL.- Nunca.

LUCIA.- Tiene gracia tu ofrecimiento.

LICIA.- ¿De manera que no piensas retirarte a una vida tranquila?

SAMUEL.- No, prima, no podría.

LICIA.- ¿Pero porqué?

SAMUEL.- Por que no; porque la bohemia está en la sangre; es tan hermoso marcharse... de cualquier modo que sea, pero marcharse... irse...

LUCIA.- ¡Qué loco eres!

SAMUEL.- No es locura. Díme cuando miras en las tardes desde la ventana como pasan y pasan los trenes, ¿no sientes deseos de marcharte también?

LUCIA.- Mira... no sé... pero me parece que sí...

SAMUEL.- Y en el otoño, cuando emigran los pájaros, y ves que se van alejando, que se van perdiendo en el horizonte, ¿no sientes una tristeza muy honda?

LUCIA.- Pero que preguntón eres, Samuel.

SAMUEL.- Respóndeme, ¿no envidias a los pájaros que se van?

LUCIA.- No.

SAMUEL.- Mentirosa.

LUCIA.- (SONRIENDO) ¿Y cómo lo sabes?

SAMUEL.- Ahí está la ciencia de los poetas. Ya ves como acerté.

LUCIA.- Eso, ¡quién sabe!

SAMUEL.- ¡Porfiada! Mujer al fin.

LICIA.- Cuidado, caballero, más respeto para el sexo.

SAMUEL.- No te enfades, primita, que tú todavía no eres mujer.

LICIA.- ¿Cómo que nó?

SAMUEL.- Aún no eres bastante hábil en el llorar y en el mentir.

ESCENA SEPTIMA.- DICHOS Y DONA BERTA.

DONA BERTA.- (ENTRANDO) Sí lo es.

LICIA.- ¿Por qué?

DONA BERTA.- Las plantas del corredor están completamente secas.

LICIA.- Pero, mamá...

DONA BERTA.- (A SAMUEL) Me dirás tú si no es hábil en el mentir. Los claveles que me mandó Carlota, da pena verlos.

SAMUEL.- Alicia, te doy el título de mujer.

DOÑA BERTA.- Pero no le des el título de jardinera, pues es pésima.

SAMUEL.- ¡Ay, tía! Si en las Universidades pensarán como Ud. no tendríamos doctores.

LUCIA.- Pero si yo no quiero ser jardinera.

SAMUEL.- La jardinera es Lucía. Cuatro meses que cultiva una rosa de gloria.

LUCIA.- Y sólo para tí.

SAMUEL.- Gracias, prima.

DOÑA BERTA.- ¿Empezaron ya las frasecitas? No sean niños, ¿de qué hablaban?

LUCIA.- De que Samuel no piensa formalizarse jamás.

DOÑA BERTA.- ¿Pero es posible?

SAMUEL.- Sí y no. Esta vida loca y revuelta me enloquece y apasiona, porque es algo venenoso y cautivador vivir dejando siempre atrás trozos de almas, decir adiós a pueblecitos que apenas divisamos desde la ventanilla de un vagón en marcha... vivir siempre yéndose... marchándose...

DOÑA BERTA.- ¿Y acaso eso no fastidia?

SAMUEL.- Fastidiar, no. Pero a veces también siento vagos deseos de tener un rinconcito mío, en donde hayan objetos familiares... Cosas con olor a hogar...

DOÑA BERTA.- ¿Y no has pensado en tener una casa?

SAMUEL.- Sí.

ALICIA.- ¡Ah! Con que me engañabas.

SAMUEL.- Ahora último lo he pensado mucho.

DOÑA BERTA.- ¿Mucho?

SAMUEL.- Sí, tía, pienso casarme.

DOÑA BERTA.- ¡Tú!

SAMUEL.- Yo.

DOÑA BERTA.- Chico, tú sabrás.

SAMUEL.- Sí, tía, lo he pensado mucho.

ALICIA.- ¿Y se puede saber quién es ella?

SAMUEL.- Te proclamo toda una mujer.

ALICIA.- ¿Por qué?

SAMUEL.- Por lo curiosa.

ALICIA.- ¿No se puede entonces, saber quién es ella?

SAMUEL.- Sí. Una muchacha francesa que conocí durante mi último viaje al sur.

DOÑA BERTA.- ¿aventuras?

SAMUEL.- Nada. La historieta de amor más vulgar que Uds. pueden imaginar, sin melancolías ni pleurilunios. Pero cuando se comienza a ver cercano los treinta años se siente deseos de tener un rincón de olvido, y se dá uno más prisa en cazar la felicidad... Yo lo he pensado mucho. Es el primer problema que me ha hecho meditar en mi vida. Es una buena muchacha. Creo que me hará feliz...

LUCIA.- (SOLTANDO DE SUBITO LA LABOR) ¡Pero qué torpe!

DOÑA BERTA.- ¿Qué te pasa?

LUCIA.- Me he pinchado. (OPRIMIENDOSE LA MANO)

LICIA.- En qué pensabas, alma de Dios.

SAMUEL.- Eso es lo que no quiere decir.

LUCIA.- Porque a tí no te interesa.

LICIA.- ¡Pobre Lucy! ¿Te duele?

LUCIA.- ¡Vaya una pregunta!

SAMUEL.- Yo seré tu enfermero.

LUCIA.- ¿Tú?... no.

SAMUEL.- ¿por qué?

LUCIA.- ¡Por que no!

SAMUEL.- ¡Qué caprichosa eres!

LUCIA.- Puede ser.

DOÑA BERTA.- ¿Comenzaron ya?

SAMUEL.- No, tía.

DOÑA BERTA.- Los jóvenes de hoy llenan las horas con palabrerías y discusión... Uds. son insostenibles. Nosotros no eramos así.

SAMUEL.- Es mal del siglo.

DOÑA BERTA.- Que Uds. no tratan de remediar.

S.MUEL.- No podríamos.

DOÑA BERTA.- ¿Por qué?

S.MUEL.- Porque las juventudes de hoy tienen más experiencia que las de ayer, y por lo tanto son más desconfiadas y nerviosas. Los jóvenes de hoy somos viejos desencantados con sangre moza en las venas... A veces en nuestros paliques apasionados sorprendemos ternuras de abuelo, y en nuestros labios cuadra tan bien la agilidad de un piropo como la prudencia de un consejo...

DOÑA BERTA.- Y sobre todo el palique. Alicia, ve a ver si está preparado el chocolate. (SALTA ALICIA.)

ESCENA OCTAVA.- LOS MISMOS, MENOS ALICIA.

S.MUEL.- ¿Qué mala idea tiene formada de nosotros;

DOÑA BERTA.- Pero si tú mismo te confiesas.

S.MUEL.- Lo que me demuestre sincero.

DOÑA BERTA.- ¿Tú eres sincero?

S.MUEL.- Sí.

DOÑA BERTA.- Entonces me vas a decir qué tomas, ¿chocolate o té?

S.MUEL.- Me es indiferente, tía.

DOÑA BERTA.- Y tú, Lucía, no piensas ponerte nada en la mano.

LUCIA.- Un poco de alcohol.

DOÑA BERTA.- Pues anda a buscarlo

LUCIA.- Si no sé en dónde está.

DOÑA BERTA.- Creo que lo dejé en el dormitorio de Alicia. (LLAMANDOLA); Alicia; (DIRIGIENDOSE A SAMUEL) Bueno, ¿en qué quedamos? ¿chocolate o té?

SAMUEL.- Me es indiferente, tía.

DOÑA BERTA.- ¡Pero qué porfiado eres;

SAMUEL.- No se preocupe de mí, que todo lo que viene de su mano lo encuentro bien.

DOÑA BERTA.- Galanterías a mí. (LLAMANDO); Alicia;

LUCIA.- ¿En dónde se ha metido Alicia?

DOÑA BERTA.- Tendré que ir yo a buscarla. (S.ALE)

ESCENA ULTIMA.- DICHOS, MENOS DOÑA BERTA.

SAMUEL.- ¿Me perdonas, Lucía?

LUCIA.- ¿De qué?

SAMUEL.- De que te haya herido por trabajarme el bordado.

LUCIA.- ¡Vaya; Tú no eres culpable.

SAMUEL.- Naturalmente, culpable no soy, pero temo que me guardes un secreto rencorcillo...

LUCIA.- Rencor, no, si la torpe fuí yo...

SAMUEL.- ¿Por qué?

LUCIA.- Por soñar locuras...

SAMUEL.- Supongo que ahora me contarás qué locuras son esas.

LUCIA.- No.

S..MUEL.- Eres implacable; pero ¿concluirás el bordado?

LUCI...- Tampoco.-

S..MUEL.- (EXTR..N..DO) ¿Pero por qué?

LUCI...- Porque no.

S..MUEL.- Lucía, tú me guardas rencor.

LUCI...- No.

S..MUEL.- Pero a tí te pasa algo, estás muy rara, tén confianza en mí, cuéntame, ¿Qué tienes?

LUCI...- Nada.

S..MUEL.- Entonces, concluye la rosa.

LUCI...- Te digo que no.

S..MUEL.- ¿Nunca?

LUCI...- Nunca.

S..MUEL.- Pero qué caprichosa eres. (TOM.. EL BORD..DO Y LO OBSERVA.) Yo no te conocía.

LUCI...- Tienes razón, no me conocías...

S..MUEL.- La primita loca y dócil de hace ocho años, ha cambiado mucho...

LUCI...- La han hecho cambiar... (UN INST..NTE DE SI LENCIO).

S..MUEL.- (LLEV..NDO EL BORD..DO) ¿Hubiera sido tan bello;

LUCI...- Verdad... ¿Hubiera sido tan bello;

SAMUEL.- Mira. Dámelo así. Se lo llevaré a mi futura mujercita para que tenga un recuerdo tuyo.

LUCÍA.- ¿Para qué?... acaso ella tenga también entre sus recuerdos un bordado inconcluso como el mío...

TELON

CUADRO SEGUNDO.- (HAN TRANSCURRIDO TRES AÑOS. EN LA CASA DE LUCÍA. SALIDA DE RECIBO ELEGANTEMENTE AMOBLADA. UNA MESA AL CENTRO CON REVISTAS, PERIODICOS, Y RECORD DE ESCRIBIR).

ESCENA PRIMERA.- SAMUEL Y UN CRIADO.

CRIADO.- Pase, señor.

SAMUEL.- ¿Está Lucía?

CRIADO.- Sí, señor, voy a avisarla.

SAMUEL.- Supongo que no estará ocupada.

CRIADO.- Creo que no, señor; tenga la bondad de tomar asiento.

SAMUEL.- ¿No sale Lucía en las tardes?

CRIADO.- No. El señorito llega pronto y trabajan.

SAMUEL.- (SORPRENDIDO) ¿Trabajan?

CRIADO.- Sí, señor.

SAMUEL.- ¿Y qué trabajan?

CRIADO.- El señorito trae papeles de la oficina, y aquí se pasan las tardes encerrados entre números.

SAMUEL.- ¿Lucía también trabaja?

CRIADO.- Sí, señor.

SAMUEL.- ¿Y no sale?

CRÍADO.- Nunca.

SAMUEL.- Ve a llamarla.

CRÍADO.- Voy, señor. (SILE)

ESCENA SEGUNDA.- SAMUEL Y LUCÍA.

LUCÍA.- Buenos días, Samuel.

SAMUEL.- Hola, prima, buenos días.

LUCÍA.- ¿Cómo fué este milagro?

SAMUEL.- ¿Milagro, Lucía?

LUCÍA.- Es claro, no creí que vendrías a verme.

SAMUEL.- ¿Por qué?... por que nó.

LUCÍA.- Por que... por que nó.

SAMUEL.- ¡Vaya! Tenía muchos deseos de verte otra vez. Mi visita de ayer fué demasiado breve.

LUCÍA.- Se te agradece.

SAMUEL.- ¿Has sabido de la tía?

LUCÍA.- Sí. Ayer fuí a casa. Ella no sabía que tú estabas aquí.

SAMUEL.- Y tú se lo dijiste.

LUCÍA.- Es claro. ¡Pero siéntate!

SAMUEL.- (SENTÁNDOSE) Te encuentro más delgada.

LUCÍA.- Lo mismo yo a tí.

SAMUEL.- Pero para estar así yo tengo causas... los viajes... las inquietudes...

LUCIA.- El amor muerto...

SAMUEL.- Eso ya pasó... ¿Y tu marido?

LUCIA.- Debe llegar pronto.

SAMUEL.- Yo sólo lo conocí ayer.

LUCIA.- Lo sabía. Pero, cuéntame como te fué en el viaje.

SAMUEL.- Novelaría, Lucía, pura vida de novela. Después de la ruptura, tratando de curarme radicalmente, he viajado estos tres años.

LUCIA.- No creí que se iba a deshacer tu boda.

SAMUEL.- ¿Por qué?

LUCIA.- Te ví tan ilusionado la última vez que fuí te a vernos.

SAMUEL.- Entusiasmado, dices bien, pero la vida se encarga de barrer todos los entusiasmos.

LUCIA.- ¿Pesimista, ya?

SAMUEL.- Pesimista no, pero con un poco menos de fuegos artificiales en la cabeza.

LUCIA.- En tres años...

SAMUEL.- En tres años se puede vivir mucho, Lucía.

LUCIA.- Lo sé.

SAMUEL.- Todavía no lo puedes saber, tú.

LUCIA.- ¿Por qué no?

SAMUEL.- Porque no has sufrido.

LUCIA.- ¿Tanto me conoces?

SAMUEL.- ¡Ya lo ves!

LUCIA.- Creo que estás equivocado.

SAMUEL.- ¿Me vas a confesar que eres una martir?

LUCIA.- (RIENDO) No, eso no, pero...

SAMUEL.- ¿Pero qué?

LUCIA.- ¿Te interesa mucho conocer mis secretos?

SAMUEL.- Sí, porque te quiero.

LUCIA.- No te los diré.

SAMUEL.- Sí.

LUCIA.- No te los diré.

SAMUEL.- Dímelo, Lucía, ¿...caso no tienes confianza en mí?

LUCIA.- Confianza, sí...

SAMUEL.- Entonces, confiástrate conmigo. Nosotros tenemos derecho a decirnos lo que callamos ante los demás. ¿No eres feliz?

LUCIA.- Me lo preguntas tan de improviso que me da miedo contestarte.

SAMUEL.- No seas tonta. Si tienes penas, contándolas se quitan. En las confesiones se echa a volar el alma, la pobre alma delirante que siempre llora por volar...

LUCIA.- Poeta, siempre poeta.

SAMUEL.- Y contigo más poeta que con nadie, porque a tí te quiero con cariño fraternal y también con un manso amor de novio adolescente.

LUCIA.- ¡Tonto!

SAMUEL.- Sí, Lucía, te quiero así, y por lo mismo te pido que me digas si eres feliz.

LUCIA.- ¿Para qué deseas saberlo?

SAMUEL.- Para amparar nuestras dos penas bajo un solo consuelo. Sé buena, Lucía; confiésate conmigo; tal vez cuando me vaya sentirás el dolor de no haber desahogado el alma...

LUCIA.- ¡Samuel!

SAMUEL.- ¿Eres feliz, Lucía?

LUCIA.- ¿Por qué nó?

SAMUEL.- Te pido una respuesta.

LUCIA.- Te la doy.

SAMUEL.- ¿Eres feliz, Lucía?

LUCIA.- Sí.

SAMUEL.- ¿Feliz?

LUCIA.- No, Samuel, no soy feliz.

SAMUEL.- ¿Ves?

LUCIA.- No lo he sido nunca...

SAMUEL.- ¿Ves?

LUCIA.- ¿Y qué quieres?

SAMUEL.- Tu marido te adora.

LUCIA.- Sí, me adora.

SAMUEL.- ¿Y tú ?

LUCIA.- ¡Samuel, fíjate en lo que me preguntas!

SAMUEL.- Díme, ¿le quieres tú?

LUCIA.- (V.GAMENTE) Sí...

SAMUEL.- Sé franca... ¿le quieres?

LUCIA.- ¡Samuel!

SAMUEL.- ¿Le quieres?

LUCIA.- Es bueno, es muy bueno, pero no he podido, no he podido quererle nunca...

SAMUEL.- ¿Y por qué te casaste?

LUCIA.- ¿Y qué hacía?

SAMUEL.- Esperar al que habías de querer.

LUCIA.- ¿Esperar! Pobres de nosotras las mujeres, que vivimos en perpetua espera, esperando siempre al novio que soñamos una tarde después de leer una novela, y el novio no llega o llega demasiado tarde...

SAMUEL.- ¿Y tú esperaste?...

LUCIA.- Bien lo sabes tú.

SAMUEL.- Ahora que la felicidad es imposible, me duele espantosamente el pensar que el amor pasó a mi lado y yo me fui sin verlo... que esas manos piadosas, bordando, me esperaron llenas de ternura, de esa misma ternura que yo fui a buscar en

donde no la había, y en donde nadie me esperaba.

LUCIA.- ¿Qué culpa tienes tú?

SAMUEL.- La tiene la vida. Te encendió de sueños la cabeza mientras bordabas en tu ventana, para matarte después todas tus ambiciones, al lado de un hombre vulgar que rié y que no sueña, y que cree que te hace feliz porque no sabe que tus labios llaman felicidad lo que tus ojos traducen resignación.

LUCIA.- Samuel, no seas cruel con Juan.

SAMUEL.- Lo soy porque te quiero, y porque pienso que por un capricho del amor que llega siempre tarde, no fuimos felices nosotros cuando...

LUCIA.- (INTERRUMPIENDOLO) ¡Loco!

SAMUEL.- Loco, sí, por tí. Y ya que la vida en lós dos ha dejado inconcluso el berdado de nuestros sueños, y ya que tenemos que vivir lejos uno del otro y siempre fastidiados por la monotonía de no sufrir de amor, vengo para que me digas que me quieres... y me voy...

LUCIA.- ¡Samuel!

SAMUEL.- Sí, se buena. Sincérate. Deja volar el alma descosa de volar, y talvez esta hora de dulce in timidad, iluminará de consuelo todo, tu futuro...

LUCIA.- O de arrepentimiento.

SAMUEL.- No, Lucía, tú no eres sincera, tú, por los deberes que te impuso otro corazón, sacrificas los deberes del tuyo.

LUCIA.- ¿Del mío?

SAMUEL.- Sí, amar.

LUCIA.- Y sí lo sabes, ¿por qué no callas?

SAMUEL.- Porque quiero que seamos un instante felices.

LUCIA.- ¿Para vengarte de la vida?

SAMUEL.- Para vengarme de la vida.

LUCIA.- ¿Qué cosas me pides;

SAMUEL.- ¿Quieres? (SE ACERCA Y LE TOMA LAS MANOS)

LUCIA.- ¡No seas loco!

SAMUEL.- La felicidad... y después... ¡Qué importa! (SE ESCUCHAN PASOS AFUERA)

LUCIA.- ¡El!

SAMUEL.- (SOLTANDOLA) ¿Quién?

LUCIA.- ¡Juan!

ESCENA TERCERA.- DICHOS Y JUAN.

JUAN.- Buenas tardes.

LUCIA.- Buenas. (JUAN Y SAMUEL SE SALUDAN CEREMONIOSAMENTE)

JUAN.- Siéntese... ¿Está fatigado aún?

SAMUEL.- (SENTANDOSE) He descansado algo.

JUAN.- ¿Hermoso el viaje?

SAMUEL.- Sí... algo...

JUAN.- Yo recorrí ese trayecto hace tres años cuando iba comisionado por el Gobierno para estudiar la explotación del salitre.

SAMUEL.- En esa época era mucho más pintoresco.

LUCIA.- ¡Ah! Yo lo conocí también entonces... ¡Era muy bello!

JUAN.- ¿Cómo en tres ha cambiado tanto?

SAMUEL.- Es verdad... sólo en tres años... pero ha cambiado mucho...

JUAN.- Es posible que yo vuelva a hacer ese viaje, pues una casa exportadora de vinos que acaba de fundarse con un fuerte capital, es posible que me comisione para hacer una completa estadística de la producción vinícola anual.

LUCIA.- ¿Y harás este año el viaje?

JUAN.- La casa importadora sólo espera solucionar un pleito que tiene con el banco, sobre una venta de acciones, para enviarme.

LUCIA.- Entonces tendrás que esperar.

JUAN.- Puede ser. (A SAMUEL) ¿Y Ud. piensa seguir viaje?

SAMUEL.- Sí, pasado, mañana.

LUCIA.- ¿Tan pronto?

SAMUEL.- Sí, porque tengo que arreglar varios asuntos en Santiago. (CONSULTANDO EL RELOJ) Y tengo que marcharme.

LUCIA.- ¿Ya?

SAMUEL.- Sí, Solo he pasado a saludarlos porque el tiempo me falta, y además sé que Uds. trabajan en las tardes.

JUAN.- Sí, trabajamos, pero eso no quita.

SAMUEL.- Ruego que me perdone.

LUCIA.- Si tú te empeñas.

SAMUEL.- Por el tiempo, Lucía.

JUAN.- No queremos, entonces, quitarle el tiempo.
En la vida hay que ser puntual.

LUCIA.- Aunque la vida no lo sea.

SAMUEL.- Bueno, señor, me tiene a sus órdenes. (SE
DESPIDE) Adiós Lucía...

LUCIA.- Felicidad, Samuel... (SALE)

JUAN.- (CERRANDO LAS PUERTAS) Trabajaremos.

LUCIA.- (SENTÁNDOSE JUNTO A LA MESA) Bueno.

JUAN.- (TOMANDO ALGUNOS PAPELES) Quedamos en las
ventas del año 1910.

LUCIA.- Sí.

JUAN.- ¿Lista?

LUCIA.- (PREPARÁNDOSE PARA ESCRIBIR) Sí.

JUAN.- (DICTANDO) Enero, 544 pesos, 60 centavos.

LUCIA.- (ESCRIBIENDO) 544 pesos, 60 centavos.

JUAN.- Febrero, 866 pesos, cero centavos.

LUCIA.- 866 pesos, cero centavos.

JUAN.- Marzo, 400 pesos, 10 centavos.

LUCIA.- 400 pesos, 10 centavos...